

Estudio histórico-arqueológico de los combates librados por el General Antonio Maceo en Tumbas de Estorino y La Manaja, área de Mantua, provincia de Pinar del Río (27 de septiembre de 1896)*

Ernesto E. TABÍO y Rafael VALDESPINO

Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba

Digitalización: Ulises González Herrera y Odlaner Hernández de Lara

La Habana, 24 de junio de 1968

Prefacio

Durante el mes de mayo de 1968, en ocasión de estarse preparando las condiciones para que nuestra Academia de Ciencias efectuase distintas investigaciones en apoyo del “Plan Maguriges” —en el área de desarrollo Pinar del Río, Guane y Mantua— que dirige el compañero Miembro del Comité Central Alfredo Yabur, se hicieron diversas exploraciones preliminares en esa zona por el Capt. Antonio Núñez Jiménez, Presidente de nuestra Academia. En una de ellas pudo visitar la escena de los famosos combates librados por el General Antonio Maceo en Tumbas de Estorino y La Manaja el 27 de septiembre de 1896, observando en el primero de estos sitios la presencia de unas ruinas de un antiguo edificio, así como en las áreas vecinas se podía ver un gran número de antiguos cartuchos —o casquillos— de fusil. Por este motivo nos indicó

que sería interesante realizar un estudio histórico-arqueológico en el área mencionada.

De acuerdo con esas instrucciones el 15 de junio del corriente año realizamos una exploración por la zona de Tumbas de Estorino, La Manaja y La Jagua. El Informe Provisional, que presentamos a continuación, da el resultado de nuestras investigaciones; tanto de aquellas realizadas en el campo como de las efectuadas en los laboratorios del Departamento de Antropología.

La dirección general del trabajo y la redacción de este informe estuvo a cargo de Ernesto E. Tabío; el Auxiliar de investigación —Sección de Arqueología Colonial— Rafael Valdespino participó activamente en las exploraciones y preparó algunos materiales de laboratorio; el Técnico Ernesto Tabío Medina realizó todo el trabajo fotográfico que acompaña el informe y Amelia Atá mecanografió el manuscrito.

Queremos aprovechar la ocasión para agradecer mucho la valiosa y fraternal ayuda que nos prestaron, tanto el compañero Ministro Alfredo Yabur, como el Responsable del Campamento del “Plan Macuriges”, compañero Santiago González, lo que hizo posible llevar a feliz término nuestras exploraciones por el área de Mantua.

* Nota del Coordinador. Este informe, inédito hasta el presente, pertenece al archivo del Instituto Cubano de Antropología, en La Habana. Agradecemos la cortesía de los arqueólogos Gerardo Izquierdo y Ulises González por la contribución. Se respetó la ortografía original.

Antecedentes históricos

Durante la “Campana de Occidente”, y por el 20 de agosto de 1896, el General Antonio Maceo, acampado en Puerta de la Muralla, a unos 9 Km al NW de San Cristóbal, en las llanuras al Sur de la Sierra del Rosario, provincia de Pinar del Río, recibió una carta de la Delegación Revolucionaria en New York avisándole la salida de una importante expedición al mando del General Juan Rius Rivera, la que debería recalar por la Ensenada de Corrientes, al Sur de la Península de Guanahacabibes, es decir, a unos 200 Km de distancia del campamento en que se hallaba. Maceo, que – como todos los jefes mambises – tenía necesidad crónica de toda clase de abastecimientos, especialmente de armas y municiones, decidió salir con el grueso de sus fuerzas a apoyar el desembarco de los expedicionarios. Así da comienzo a la estupenda jornada al Cabo Corrientes (25 de agosto-10 de octubre de 1896), que constituye una de las incursiones más audaces y atrevidas realizadas por el Ejército Libertador.

Esto implicaba la rapidísima redistribución y concentración de las fuerzas cubanas que operaban por toda la región pinareña; realizar la larga caminata de ida hacia Guanahacabibes, encontrar a los expedicionarios y regresar todos hasta la zona de El Rubí –en el corazón de la Sierra del Rosario, esto es, en una marcha formidable de más de 400 Km en que las fuerzas cubanas se veían embarazadas en sus movimientos por una gruesa impedimenta, constituida esta por una masa de 400 campesinos portadores de las cajas de armas y municiones, amén de una piara de reses que llevaban para abastecimiento de la tropa y demás gente acompañante, la dificultad principal estribaba en realizar esta compleja operación en un área relativamente restringida y donde habían concentradas decenas de columnas de combate españolas –que totalizaban más de 30,000 hombres– bien municionadas y dirigidas por cuadros de oficiales competentes y corajudos. Sin embargo, las huestes cubanas bajo la superba dirección del General Maceo, después de librar cinco duros combates: Arroyos de Mantua (6 de septiembre), Montezuelo (24 de septiembre), Tumbas de Estorino y La Manaja (27 de septiembre), Ceja del Negro (4 de octubre) y Galalón (8-9 de octubre),

dan exitoso remate a la empresa llegando con su preciada carga hasta la zona montañosa de El Rubí, en la Sierra del Rosario.

El 25 de agosto de 1896, el grueso de las fuerzas cubanas, al mando directo de Maceo, salen de Puerta de la Muralla. El 30 de agosto, en horas de la madrugada, cruzan la trocha de Viñales. El 1.º de septiembre, llegan a la zona de Mantua; el día 6 atacan a la guarnición española en Los Arroyos; acampan el 7 en Tumbas de Estorino para apertrechar debidamente a la columna con los 100,000 cartuchos de fusil traídos previamente por la expedición de Leyte Vidal; pasan el día 10 en los montes de Francisco, todavía esperando ansiosamente información relativa a la llegada de la anunciada expedición. Allí las recibe al fin: el general Rius Rivera había desembarcado el día 8 en la playa de María la Gorda, en la Ensenada de Corrientes. Ahora Maceo, que quería llegar cuanto antes al encuentro de los expedicionarios, ordena la partida de la columna cubana, la que se pone en marcha el día 11. Acampa en Santa Isabel, cerca de Los Arroyos, el 12; en Montezuelo, el día 13; cruzan el río Guadiana el 14; hace campamento en El Cayuco el 15; marchan hacia La Grifa el 16; llegan a Puerta de la Güira el 17 y, el 18, hacen finalmente contacto con los expedicionarios. El general Rius Rivera informa a Maceo que habían sido transportados en el vapor “Three Friends” y que habían desembarcado ya las siguientes armas:

1 cañón neumático Simms-Dudley, que disparaba granadas de nitroglicerina en virtud del aire comprimido.

100 granadas para el cañón.

730 fusiles Remington de calibre 43, o Remington-Maüser, que admitían proyectiles Maüser de 7 mm, fabricados especialmente para los cubanos.

50 fusiles sistema Lee.

120 fusiles Maüser, modelo español.

20 rifles Winchester.

460,000 cartuchos.

“Grandes fueron los obstáculos que hubo de vencer el general Maceo para acudir en auxilio de la expedición, llegar oportunamente, como llegó, y prestarle su eficaz apoyo” (Miró, 1909).

Salió de regreso la columna cubana de Los Remates el 23 de septiembre, “con la considerable retahíla de bagajes, peones cargados de pertrechos, reses para el abastecimiento de la columna: rosario descomunal que ocupaba algunos kilómetros de extensión” (Miró, 1909).

Llegan a Montezuelo, región de Mantua, al cerrar la noche. “Uno de los campesinos, que venía con la carga auestas desde las inmediaciones del Cabo, al desprenderse de su pesado equipaje, cayó exámine, muerto: tenía la espalda rajada y mostraba las costillas, entre grandes cuajarones de sangre” (Miró, 1909).

A las 9 de esa misma noche, el campamento es tiroteado por los españoles. Maceo ordena devolver el fuego, por primera vez, con el cañón neumático. Así, se inicia un encarnizado combate, que cobra su mayor fuerza al clarear el día. Los españoles cejaron a eso del mediodía. En el combate de Montezuelo, donde pelearon unos 400 cubanos, se tuvieron 68 bajas, entre muertos y heridos. Por la parte española fué mucho peor, pues más de un batallón desapareció de la escena en lo que respecta a su valor combativo.

De Montezuelo, Maceo se dirigió el día 25 a Naranjal y de ahí salió el 26 para Tumbas de Estorino. Ambos sitios se ubican a unos 25 Km al NE de Mantua.

Combates de Tumbas de Estorino y La Manaja (27 de septiembre de 1896)

A continuación presentamos fragmentos completos de la relación que sobre estos combates hace el general José Miró Argenter, testigo de excepción de la lucha al participar en la misma como Jefe de Estado Mayor del general Antonio Maceo (Miró, 1909; págs. 96-101).

“Iban a ventilarse dos encarnizados combates. Teníamos al enemigo muy cerca; sobre nuestro flanco izquierdo, y amenazando nuestra retaguardia á la vez. Tumbas de Estorino es un lugar cultivado, si bien rodeado de lomas, situado en la sierra de los Organos, entre Francisco y la Manaja. Como en la mayor parte de aquellos sitios, existía una faja de cultivo en el abra de los montes, y éstos, cubiertos de pinos. En la Manaja se hallaba una columna española, la cual iba a maniobrar en combinación con otra que

acababa de situarse en Francisco, centro del territorio y de la sierra. La llegada de dichas columnas á estos lugares, obedecía al plan general de impedirle a Maceo el retorno a las zonas de Levante; propósito que estaba plenamente demostrado desde que empezó a construirse la línea fortificada de Montezuelo, con la presencia de la columna de San Martín en la loma China. Ahora, otras dos columnas, que probablemente partieron de Dimas, intentaban establecer otro cinturón de hierro y mampostería á fin de apretar el cerco al núcleo rebelde y desbaratarlo, en una serie de combates. Era de presumir que el jefe de las dos columnas que operaban en la comarca de Francisco, ignorase, el día 27, el éxito infructuoso de la otra unidad que combatió en Montezuelo. Maceo, al tiempo de acampar en Tumbas de Estorino, supo que tenía una división sobre uno de los flancos, la cual había partido de Francisco y trataba de invadir el campamento de Estorino, batiéndolo de costado. Y á los pocos momentos se oyeron descargas del lado de la Manaja, en donde Maceo dejó algunos destacamentos con anterioridad á su partida hacia el Cabo Corrientes.

En Tumbas de Estorino, dos pelotones de caballería sostuvieron, desde las dos hasta las tres de la tarde, un verdadero combate contra las fuerzas españolas que trataban de invadir nuestro vivac. Al frente de esta columna iba el general Melguizo, quien tenía á sus órdenes al coronel Hernández de Velazco, guerreador de probada competencia. Nuestra avanzada, compuesta de 40 hombres, al mando de dos oficiales intrépidos, Herrera y Vidal, repelió los ataques del enemigo hasta quemar el último cartucho. El general Maceo, al tener conocimiento del suceso, acudió al sitio del altercado con tropas de la brigada occidental y varias fracciones de otros cuerpos, que abrieron el fuego sin dilación; pero sin descuidar el campo de la Manaja, á donde envió el regimiento Gómez, puesto que de aquel rumbo venían los ecos de otra disputa; efectivamente, se ventilaba otra reñida acción entre la columna del general Francés y dos compañías de infantería á las órdenes del comandante Fleites, hombre de aspecto sencillo, de poco cuerpo, pero marcial y pundonoroso. Al tomar posiciones á las tres de la tarde en Tumbas de Estorino, sobre la cumbre donde la avanzada de Occidente había hecho prodigios de valor, los batallones de Meguizo, desplegados en las alturas inmediatas, rompieron nutrido fuego de fusilería y

poco después hicieron jugar la artillería, para que el refuerzo de los insurrectos no pudiera sostener aquella posición. Trataba la columna española de barrer el obstáculo, llevarse de calle á los que defendían el campamento y obligarles á tomar la dirección de la Manaja, para entonces ser atacados por las fuerzas que se encontraban en ese lugar y sobre el camino de las Tumbas, según el plan coordinado por el jefe de las dos unidades, el general Melguizo. El movimiento de avance por la izquierda, que intentó uno de los batallones de Melguizo, fué rechazado por la tropa de la brigada Norte y el regimiento Invasor, con enérgica decisión; llegaron á mezclarse los combatientes, al echarse los nuestros sobre la vanguardia española; fué un choque rudo, de infantería contra infantería, en que se liaron a brazo partido los más resueltos de los dos bandos. Viendo Maceo que por la derecha se corría otra fracción de los españoles para terciar en aquella riña, acudió presuroso á cerrarles el paso con su altivo continente. Avanzaban con gallardía los españoles sobre el grupo que capitaneaba Maceo en persona; cayó el teniente coronel Nodarse en una furnia, y los españoles casi tocaron a Maceo con las manos; pero volvieron a ser repelidos á tiros y á machetazos por la gente que acudió en auxilio del General, y a la vez fueron rechazados por la derecha, y acometido también el centro, donde se hallaba una pieza de artillería, con tal empuje que quedó en cuadro la dotación, y el Krupp inutilizado, pudo salvarse por la eficacia de dos compañías que, apostadas en una loma próxima, hacían un fuego horrible; pero se cogieron granadas, mulos, armamentos, y quedaron en el campo los cadáveres de los artilleros, sin que pudieran recogerlos los briosos infantes que defendían la altura inmediata, porque hubieran caído todos los componentes si se aproximan al sitio del sangriento altercado. El jefe de la columna española provocó entonces á los insurrectos con proyectiles de artillería, utilizando otra pieza que tenía a mano; Maceo contestó al reto, enviándole dos bombas (con el cañón neumático, ET), que descompusieron la parada. Abandonadas por la columna española todas las posiciones que había ocupado con anterioridad, en su propósito de invadir el campamento de las Tumbas y arrollarnos hacia la Manaja, fué hostilizada por la sierra de Francisco hasta las cinco de la tarde, en que un torrencial aguacero impidió la persecución y la batida. El combate

de las Tumbas nos causó ocho muertos y 26 heridos, y además nueve paisanos, que hubieron de aproximarse á las líneas de fuego para distribuir pertrechos á los que sostenían la pelea”...

...“El coronel Juan Ducasse, al dirigirse á la Manaja para reforzar los destacamentos que allí combatían con singular denuedo, tuvo ocasión de desplegarse en las márgenes del río y servir de sostén a las fracciones que mandaba el comandante Fleites, con quien se comunicó al aproximarse al sitio de la ruda pendencia. El teniente coronel Arencibia con una sección de gente aguerrida, avanzó con resolución por el dédalo de emboscadas que había situado el coronel Francés en uno de los travesíos de la Manaja. Hubo de suponer el jefe español que la tropa insurrecta, que ahora entraba en fuego, venía huyendo de Tumbas de Estorino, arrollada por los batallones de Melguizo, y bajo esta presunción tomó delantera por el mismo camino que traían los supuestos derrotados, á fin de darse la mano con el jefe de toda la unidad, el general Melguizo. Los tiradores insurrectos le disputaron el paso con marcial apostura, de frente, y con las armas apuntadas sobre la cabeza de la vanguardia española. Mandó entonces el coronel Francés una maniobra de caballería, creyendo que con ese alarde podría despejar el redondel y adelantar camino, con menos hostilidad, hacia las Tumbas; pero los peones del regimiento Gómez se tendieron sobre el piso, para ofrecer menos blanco á la agresión de la caballería, y en esta posición, sin recibir mella, la causaron muy honda á la tropa del coronel Francés, que con las tercerolas y el sable, pretendía arredrar á los tiradores de Gómez, diestros en el manejo del Mauser. El arrojado temerario de un comandante español, que se echó sobre la línea más avanzada de nuestros infantes, matando á dos de ellos, en los momentos precisos en que se erguían para hacerle cara con los machetes, no determinó el empuje decisivo de la caballería, porque nuestros peores se plantaron más firmes, y rodilla en tierra defendieron la margen del río, apuntando y disparando con precisión, sin que los españoles pudieran adelantar un paso más. Cayeron caballos y jinetes en buen número, revueltos con los peones que apoyaban el avance por uno de los costados de la bajada del río, siguiendo al valeroso jefe que con tanto denuedo se abalanzó sobre nuestros tiradores. Este mismo oficial quedó fuera de combate, herido o muerto, pues se encontró el caballo que montaba, acribillado a balazos. Como en las

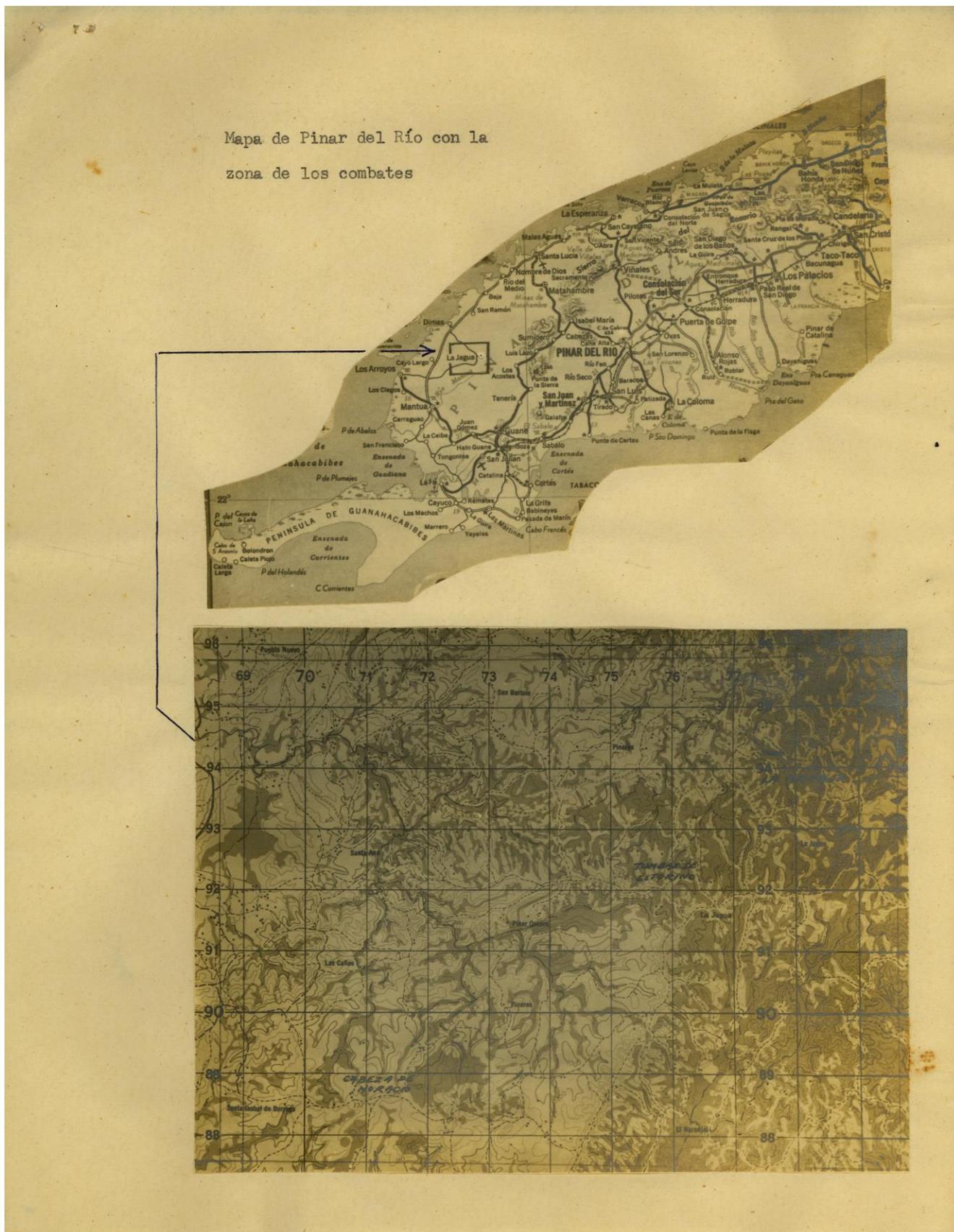


FIG. 1. Mapa de Pinar del Río con las zonas de los combates

Tumbas de Estorino el aguacero fué torrencial creció el río Manaja hasta no dar paso en algunas horas, y con tal barrera, imposible de franquear, dieron fin los combatientes. Las fuerzas cubanas que pelearon en la Manaja, tuvieron 6 muertos y 21 heridos; entre las dos acciones de ese día, se elevó a 95 el número de bajas”...

“Maceo, al día siguiente, emprendió marcha hacia Francisco para que se le incorporaran las fuerzas que combatieron en la Manaja, las cuales, siguiendo el rastro de la columna española al dejar el campo en la mañana del 28, la tiro-tearon por el camino de Bartolo. Los españoles que llevaban largo convoy de heridos se dirigieron á Dimas”.

Con relación a las bajas españolas de los tres últimos combates, decía Panchito Gómez Toro en carta a su madre, que solamente el vapor Simón Bolívar transportó 800 heridos... (Franco, 1957).

Nuestro viaje de exploración a Tumbas de Estorino y La Manaja

Acompañado por Rafael Valdespino salimos en “jeep” del pueblo de Mantua, provincia de Pinar del Río, el día 15 de junio de 1968, predominando un tiempo nublado y lluvioso que impedía tomar fotografías y que transformaba en profundos lodazales a los terraplenes de la poca transitada región al Nordeste de Mantua.

Salimos de esta población por la carretera que va hacia Los Arroyos; como a los 2 Km de recorrido la dejamos y penetramos por un terraplén que se abre hacia el Nordeste y que lleva hasta un campamento forestal situado en Cabeza de Horacio, instalación que se encuentra a 18 Km de Mantua. Desde Cabeza de Horacio seguimos por un terraplén que, con rumbo aproximado Nordeste, llega hasta La Manaja. A unos 4 Km de Cabeza de Horacio conseguimos un guía muy experto en la persona del joven compañero –campesino y estudiante– Luis Alberto Silva, vecino de la zona quien, sin titubeos, nos llevó hasta el vallecito –bien escondido entre las lomas– Tumbas de Estorino. Llegamos a éste después de habernos demorado una hora y media para cubrir solo 23 Km, a causa de lo adverso del tiempo y a sus nocivos efectos en los caminos.

Antes de bajar al vallecito y desde las alturas de la loma de La Jagua, que dominan a las Tumbas de Estorino y La Manaja, pudimos observar que el terreno, en general, es muy irregular y ondulado, de suaves contornos, con alguna que otra lomita que se destaca del conjunto. La vegetación predominante es de pinos, con muy aisladas palmas reales. Hacia el Noroeste se podía ver el tramo de costa Norte comprendida desde Los Arroyos hasta más allá de Dimas; entre el Este y el Sur, como la más conspicuo de ese segmento de horizonte, teníamos a la Sierra de los Organos.

En el vallecito de Tumbas de Estorino, –como ya hemos dicho–, bien rodeado de lomas, se encuentran unas tres casas de campesinos cuyas familias atienden sus siembras de viandas. La tierra del vallecito es muy roja, variando su tonalidad desde el bermellón hasta el ocre. El campesino Ramón Blanco Hernández, que vive en uno de los bohíos mencionados, nos informó que “los firmes de las lomas que rodean al valle están llenos de casquillos de balas”. También, muy amablemente, nos llevó como a un centenar de metros de su casa para que viéramos las ruinas del demolido e incendiado “almacén de Pedro Murias” que, según él, “había sido utilizado por Maceo cuando la Guerra de Independencia” para guardar sus provisiones y armamentos. Estas ruinas, ya al ras del suelo, presentan muchos ladrillos de dos tamaños; restos de vidrios –muchos de estos fundidos por el fuego–; fragmentos de loza y porcelana de fines del siglo pasado; así como cerrojos, visagras y clavos de diversas medidas. De todos estos materiales pudimos coleccionar un buen muestrario. De acuerdo con la disposición de los cimientos, el edificio era de forma rectangular y debe haber tenido unos 20 X 12 m de área.

Después de haber examinado bien los alrededores del vallecito de Tumbas de Estorino, bien empapado de la sangre de nuestros heroicos mambises y de la de sus antagonistas españoles subimos hacia el terraplén que corre sobre la loma de La Jagua, también escenario del conflicto. Nuestro guía, el jovencito Silva, nos llevó a ver distintos puntos –a menos de un kilómetro del vallecito– en que abundaban viejos casquillos de fusil, ahora mudos testigos del combate. Después de hacer abundante colecta de los mismos, partimos de regreso a Mantua.

Examen de las evidencias materiales colectadas en el área Tumbas de Estorino-La Manaja

Casquillos de balas

a) Como resultado de la colecta que hicimos por las áreas de los combates en Tumbas de Estorino y La Manaja, tenemos 51 ejemplares que presentan las siguientes características:

- Calibre 7 mm
- Largo 56 mm
- Diámetro del culote 11.5 mm
- Diámetro del fulminante 5 mm
- Fuego central

En algunos, mejor conservados, se puede ver en el culote y alrededor del fulminante, letras y números grabados, de 1 a 1.5 mm de altura, que dicen: 18^D_K^M 96 (Ver fotografías que acompañan al informe).



FIG. 2. Casquillos recogidos en la escena de los combates de Tumbas de Estorino y La Manaja. Arriba: de tercerola. Debajo: de Remington-Maüser

Estos casquillos, por lo que hemos podido determinar, deben haber sido disparados por fusiles Maüser o Remington-Maüser, calibre 7 mm. Hay muchas probabilidades que estos correspondan a los 460,000 cartuchos traídos por la expedición de Rius Rivera, sobre todo si tomamos en cuenta la fecha que aparece en sus culotes (1896), que es la misma en que fueron traídos a Cuba, y a lo que –con referencia al parque traído por el vapor

“Three Friends”– nos dice un capitán mambí, ayudante de Maceo y que participó en estos combates: “El material de la expedición de Rius Rivera se componía, además, de 370 fusiles Remington que podían disparar proyectiles Maüser de 7 mm fabricados expresamente para nosotros...” (Piedra Martel, 1966). (El subrayado es nuestro, E.T.)

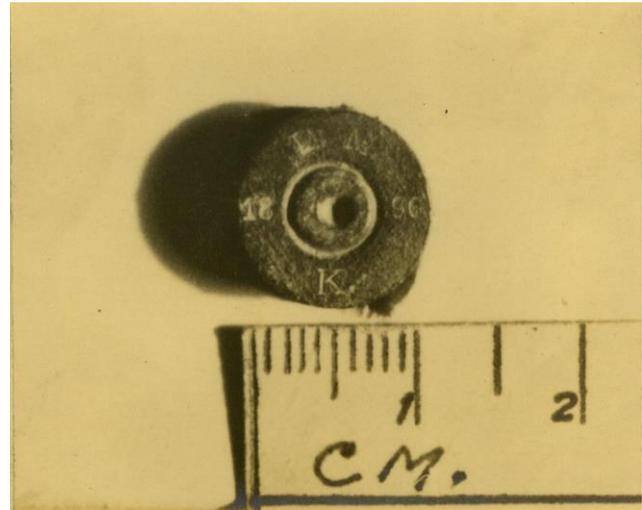


FIG. 3. Culotes de casquillos de Remington-Maüser mostrando letras y números

Si esta hipótesis es correcta, entonces los casquillos de 7 mm, con las marcas antedichas, deben haber sido disparados por los soldados de Maceo.

b) Otros 59 casquillos presentan las siguientes características:

- Calibre 11 mm
- Largo 56 mm
- Diámetro del culote 15 mm
- Diámetro del fulminante 6 mm
- Fuego central

Estos no presentan marca alguna en sus culotes; han sido identificados como de Tercerola que, como es sabido, era un fusil de grueso calibre y de cañón no muy largo, usado principalmente por los escuadrones de caballería española. Podemos comprobar que en estos combates se usaron tercerolas si atendemos a lo que nos dice, –respecto al combate de La Manaja–, el cronista de Maceo en el párrafo siguiente: “pero los peones del regimiento Gómez se tendieron sobre el

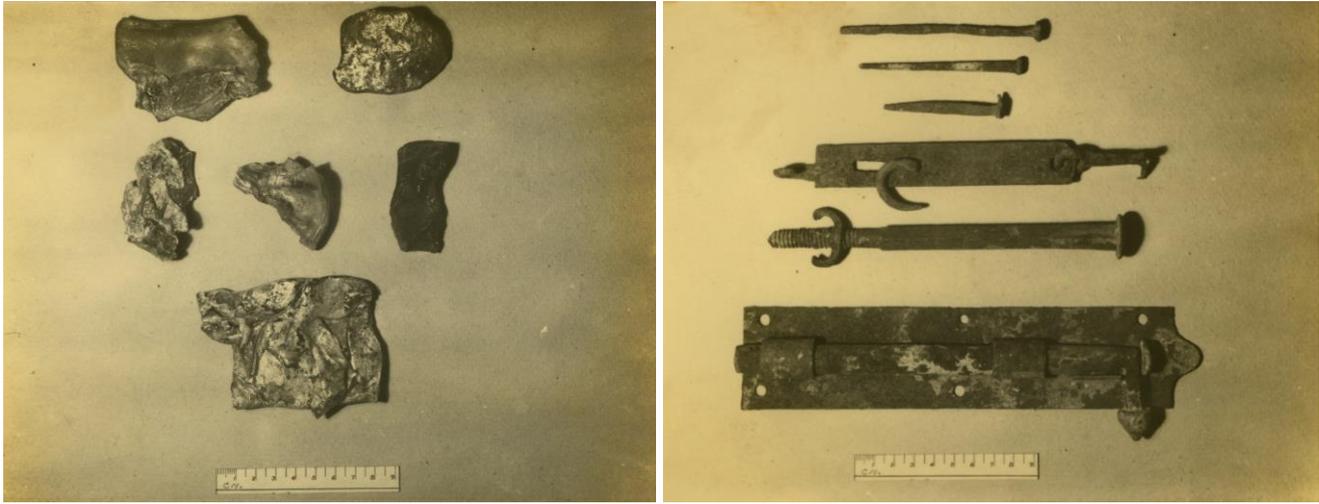


FIG. 4 y 5. Fragmentos de botellas y garrafones de vidrio mostrando señales de haber estado sometidos a la acción del calor intenso y diferentes herrajes colectados en las ruinas del “Almacén de Pedro Murias”, valle de Tumbas de Estorino, Mantua, Pinar del Río

piso, para ofrecer menos blanco a la agresión de la caballería y en esta posición, sin recibir mella, la causaron muy honda a la tropa del Coronel Francés, que con las tercerolas y el sable, pretendían arredrar a los tiradores de Gómez, diestros en el manejo del Mauser...” (Miró, 1909, pág. 99). (El subrayado es nuestro, E.T.)

También es verdad que los insurrectos usaban toda clase de armamento, sobre todo el que podían arrebatarle a los españoles, así que es posible que algunos cubanos hubiesen empleado tercerolas en estos combates. Sin embargo, la agrupación –en grandes cantidades– de casquillos de tercerola en determinados sitios de la acción, nos permite establecer la hipótesis que estos eran emplazamientos de grupos de soldados de caballería española que actuaban como tiradores a pie.

c) Fragmentos de vidrio fundido por el fuego

Como ya hemos dicho, en nuestra visita a las ruinas del “almacén de Pedro Murias” en Tumbas de Estorino, pudimos recoger con facilidad evidencias de que aquella estructura había sido destruída hacía mucho tiempo por un voraz incendio; extremo este que los campesinos de la zona corroboraban. Quizá uno de los elementos de juicio más claros sobre este particular nos lo ofrece la presencia de gran cantidad de fragmentos de botellas y garrafones de vidrio, presentando claras marcas de haber sido fundidos por exposición a

muy altas temperaturas, como se podrá apreciar por las fotografías que acompañan a este informe.

No parece probable que el incendio del almacén se produjese en ocasión del combate del 27 de Septiembre de 1896, por acción de uno u otro bando en pugna, puesto que sobre esto nada nos dice el fiel narrador que es Miró Argenter. Si parece posible que, después que el grueso de las fuerzas victoriosas de Maceo se desplazara hacia las Lomas de El Rubí, en la Sierra del Rosario, los españoles hubiesen hecho un “raid” hacia Tumbas de Estorino, aplicándole la tea al gran almacén –tan bien escondido en ese vallecito– para que los mambises no lo pudiesen volver a usar.

Bibliografía

Franco, José Luciano

1957 Antonio Maceo: Apuntes para una historia de su vida; Vol. III, Publicaciones de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, La Habana.

Piedra Martel, Manuel

1966 Memorias de un mambí; Colección Cocuyo, Editora del Consejo Nacional de Cultural, La Habana.

Miró Argenter, José

1909 Cuba: Crónica de la Guerra (Las Campañas de Invasión y de Occidente, 1895-1896); Editorial Lex, La Habana, 1943.